

Tríptico centenario

Un tríptico es una obra, usualmente bidimensional, que se compone de tres piezas. Por lo general, se asocia al arte moderno y tiene la propiedad de extender la comprensión de la realidad en un formato apaisado (horizontal), que parte de una visión central que se ve extendida hacia sus lados y brinda la oportunidad de habitar otros paisajes, sensaciones y espectros, no visibles en la composición central. No obstante, hoy por hoy, podrá ser una combinación de formas y medios y, en este caso en particular, en este magacín, de artistas. Tres artistas muy colombianos, a pesar de sus lugares de nacimiento, que han habitado poéticas entre la modernidad y la era contemporánea con aspectos narrativos que tocan latitudes y preocupaciones diversas, con una constante que abarca un tiempo y espacio común: cien años de natalicio de los tres y una espacialidad que conecta sensiblemente la nacionalidad colombiana con el exterior.

Entre la figuración y la abstracción se mueven tres de los más representativos artistas de nuestra nación que tienen ligazón con otras nacionalidades. España, en dos de ellos, y Panamá, en el otro, son una suerte de incidente o accidente en ellos; todo depende de la manera como abordamos su presentación en la escena del arte mundial. Lo cierto



Enrique Grau. *Tango Azul*, 1984. Bronce patinado- Ed. 5/9. 87 x 60 x 60 cm. Cortesía Galería El Museo, Bogotá.

es que en el circuito internacional estos tres nombres están ligados a una tradición pictórica y dibujística latinoamericana.

Obregón, Grau y Roda son tres partes de una misma imagen que proponemos en esta *Agenda Cultural Alma Máter* a través de una lectura comparada que amplía y complementa los alcances de una estética particular

que define un periodo floreciente para las artes plásticas en nuestro país, un tiempo que introdujo ideas y formas nuevas, apropiadas respetuosamente por muchos artistas que crecieron bajo la sombra admirable de cada uno de ellos. A su vez, estos maestros bebieron de las tendencias y vanguardias internacionales que, a fin de cuentas, harían más o menos homogéneo un panorama tan diverso como excitante y excéntrico, pero nunca para repetirlo, más bien para interpretarlo. Tal como pasó con la literatura garciamarquiana, que, si bien hay unas fuentes de las que se nutre y nace, muy pronto su narrativa se sitúa lejos del *mainstream* internacionalista y se consolida, en sí misma, como tendencia única y neovanguardista, tal sucedió con cada uno de estos tres grandes hombres centenarios.

Alejandro Obregón nació en la ciudad de Barcelona el 4 de junio de 1920. Su obra, aunque pretendió la modernidad de las formas puras que buscaban alejar la narrativa, no tuvo cómo desprenderse de la violencia y el ímpetu mismo del mar, de la tierra y de los aires caribeños: barracudas, toros y cóndores cohabitan en lienzos y murales polícromos majestuosos que, claramente, hacen ver los colores de una Colombia tropical y andina.

Por su parte, Enrique Grau, nacido el mismo año, un poco más tarde, el 18 de diciembre en la ciudad de Panamá, apropió un deje manierista con el que hizo suya una raza mestiza y bella, uno con el que interpretó las formas mágicas de las creencias y ritos donde gentes multicolores sonríen siempre al posar orgullosos con el “decoro neocolonial” de su búsqueda nativa. Su gusto por el color de la fiesta hace que todo parezca ensueño dentro de las condiciones mismas de su trama, esa que construye con la destreza del dibujo, para alcanzar delicados volúmenes, ensanchados, pero nunca desproporcionados, más bien generosos en su cándida mirada.

El último de este tríptico, el maestro e inspirador de la academia, Juan Antonio Roda, es un valenciano llegado a Bogotá en 1955. Treinta y cuatro años tenía el ya laureado artista europeo cuando pisó Colombia, encontró su lugar, y se quedó. Su trabajo inspiró varias generaciones de artistas, a quienes influyó, no solo con su pintura, sino también desde las aulas. Su trabajo, que ha sido tipificado como abstracto, para mi respetuosa mirada es quizá el más realista de los ejecutados por este tríptico cromático de personajes enormes en las artes de nuestro país. Y digo esto, fundamentado en la enérgica disposición de las líneas que escapan a la forma para vivir su pulsión en el espacio pictórico, que pueden definirse como trazas azarosas que no buscan otra cosa más que libertad tras el esbozo de una sombra que se esfuma entre el fondo y nosotros.

Los artistas que componen este tríptico, a pesar de su nexos con el exterior, de su relación con las migraciones, fueron nacionalizados con el premio del Salón Nacional de Artistas, el que les fue otorgado a cada uno cuando este salón tutelar de las artes en América Latina tenía el agradable vicio de hacernos ver cosas con premios, esos que se quedan en la retina y que hoy por hoy sólo perviven en un espacio como el que proyecta la Universidad de Antioquia.

Aquí, con la colaboración de Eduardo Serrano, Carlos Arturo Fernández Uribe, Adriana González Navarro, Diego León Arango Gómez, Gloria Durán de Bozzi y Jacobo Cardona Echeverri; la reveladora prosa de Álvaro Cepeda Samudio y la generosa suma de la Galería El Museo de Bogotá, que en distintas temporalidades y ahora de manera póstuma representa a estos artistas, brindamos un homenaje al color de la tierra, del mar y de los cielos de este territorio. Ahora, miren, lean, vuelen.

Oscar Roldán-Alzate